

MIGUEL ALBERO



LA INVASIÓN DE LO FALSO




ESPASA

MIGUEL ALBERO

FAKE

LA INVASIÓN DE LO FALSO

Prólogo de Manuel Vilas


ESPASA

© Miguel Albero Suárez, 2020
© Del prólogo: Manuel Vilas, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Diseño e ilustración de cubierta: © Diego Mir

ISBN: 978-84-670-5888-8
Depósito legal: B. 2.628-2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Unígraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

UNAS PALABRAS PARA <i>FAKE</i> , por Manuel Vilas	9
I. FALSO EPÍLOGO, CON PONERLO AL PRINCIPIO YA TE MIENTO	13
II. LAS LINDES DE LO FALSO, EL TERRENO DE LA FALSIFICACIÓN	19
III. SOCIEDAD LÍQUIDA, SOCIEDAD DEL <i>FAKE</i> , BIENVENIDOS A UN MUNDO FALSO	31
IV. TIPOS DE FALSIFICADORES: DIME CON QUÉ ME ENGAÑAS Y TE DIRÉ CÓMO TE LLAMO	67
V. LO MÁS COMPLETO: EL IMPOSTOR, EL FALSIFICADOR DE SÍ MISMO	73
VI. LO MÁS PRECIADO: CON MI MONEDA TE PAGO. LOS FALSIFICADORES DEL VIL METAL	131
VII. LO MÁS COMÚN: ES TU MARCA, PERO ES MI BOLSO. EL FALSIFICADOR COMERCIAL	149
VIII. LO MÁS PROFUNDO: DÉJAME QUE TE CUENTE, LIMEÑA, QUE PARA ESO HE GANADO. LOS FALSIFICADORES DE LA HISTORIA	169
IX. EL MÁS PINTADO: PARA PICASSO YA ESTOY YO. LOS FALSIFICADORES DE ARTE	187
COLOFÓN	251
BIBLIOGRAFÍA	253

I
FALSO EPÍLOGO,
CON PONERLO AL PRINCIPIO YA TE MIENTO

Vivimos tiempos donde el *fake*, lo falso, se expande como una mala enfermedad, como un rumor con chispa, como tus deudas. No son solo las *fake news*, las noticias falsas, ni los bolsos falsos de Prada que compras en el *top* manta, porque la expansión de tus deudas te impide adquirir el original, ni los falsos *tickets* de restaurante, con los que comes por la cara, antes de que te la partan en cuanto se enteren del camelo. Todo es falso, hasta en la carta de ese restaurante hay un falso *risotto*, que no contiene arroz; los museos que no visitas están llenos de obras falsas, las ciudades coloniales, donde tampoco vas de vacaciones, se han vuelto falsas; los cantantes son ahora falsos cantantes, hasta los intérpretes del lenguaje de signos son falsos. Porque, ya puestos a falsificar, una vez inoculado el mal, la expansión —que habrá que llamar metástasis, pues hablamos de una patología— no afecta únicamente a los objetos, también se extiende generosa a las personas, y el mundo se ha llenado de pronto de impostores: falsos Rockefellers, muy falsos príncipes saudíes, doctores falsos; son falsas hasta las promesas con las que te engañan a cada rato.

Tan es así, que la literatura, hasta hace dos días el territorio natural de la ficción, se consagra ahora terca a la verdad y por eso se habla de la literatura del yo, porque para ficción hoy ya está la vida misma, ahora leemos en la prensa, y sobre todo en las redes, noticias falsas todo el tiempo, y buscamos ansiosos la verdad en la literatura, donde, si no cuentas algo cierto ya a nadie le interesa, no te inventes milongas que ya me desayuno con ellas cada día, no me hables de dragones si me acuesto todas las noches con uno.

Pero aunque esa metástasis nos lleve a pensar que estamos ante algo nuevo, lo falso es tan antiguo como el hombre y en algunos casos se encuentra ya en la propia naturaleza; si agarras esa hoja del árbol y resulta no ser una hoja sino un insecto repugnante, que con esa forma se disfraza el muy artero, es que la cosa viene de lejos, será que esto de lo falso no es un invento de nuestros días. Luego hablamos de algo, lo falso, que nos ha acompañado siempre, ha formado parte del hombre desde que es hombre, o incluso antes y, por tanto, lo precede, nos precede, pero que con el tiempo ha ido ocupando invasor esferas donde antes no estaba, colándose donde nadie lo había invitado. Por eso, para tratar de entenderlo, a lo largo de este libro intentaremos analizar lo falso en todas sus vertientes, empezando por definir qué es, qué entendemos por falso y por falsificación. Continuaremos, una vez acotado nuestro campo de estudio, analizando esta sociedad nuestra donde lo falso ha triunfado, para desmenuzar esas manifestaciones nuevas de lo falso que pueblan, entrometidas, nuestras vidas, para tratar de averiguar por qué se ha acelerado esa metástasis hasta el punto de borrar las lindes entre lo falso y lo real.

Más tarde, si el lector nos acompaña, nos adentraremos curiosos en el proceloso mundo de falsificadores e impostores, para allí comprobar —con una mezcla precisa de espanto y delectación—, por si no nos habíamos dado cuenta, que los hay de todo pelaje y condición; raro es el día en que no nos topamos con uno, si es que eso no sucede cuando nos miramos cada mañana en el espejo. Entraremos pues con curiosidad malsana en todos los campos: el de los impostores, el de la falsificación de moneda o la comercial, el más grave de la falsificación de la historia, o el más simpático de la falsificación artística; en efecto, con la curiosidad de quien hurga en lo ajeno con el objetivo de descubrir sus mecanismos —si es posible, sus razones—, tratar de entender su proceder.

Pero no se me asusten, en este libro intentaremos mantener la premisa de decir la verdad, aunque eso es cuanto afirma solemne todo mentiroso antes de empezar a contar mentiras. Eso

hace, por cierto, el protagonista de *El mentiroso* de Goldoni, una obra de 1750, cuyo arranque es este: «Desde que tengo uso de razón, no hay persona que pueda reprocharme la menor mentira». Y a partir de ahí, después de esa *explicatio non petita*, y como no podría ser de otra forma, todo es mentira. Tampoco incurriremos en el aserto contrario: «Todo cuanto sigue es falso»; así empieza el libro de Roger Peyrefitte sobre Fernand Legros, uno de los personajes clave en el mundo de la falsificación de arte. Así que no se confundan, no valdrá ese aserto para este libro, porque cuanto sigue, si no es la verdad absoluta —pues esa ya no la venden ni en las tiendas con púlpito—, desde luego no es lo falso sobre lo falso, que aquí no hay voluntad de engaño y ya veremos cómo eso, la intención de engañar, es elemento clave de toda falsificación, condición *sine qua non* para que se produzca.

Tampoco es esto un falso ensayo, donde, en medio del mismo y sin previo aviso aparece inoportuna la ficción y, de pronto, surgen personajes fabulosos sacados de la chistera, o peor, aparezco yo para contarles cómo afecta lo falso a mi muy insignificante persona. No, esto es, o al menos pretende ser, un ensayo de verdad, un intento, pues, una aproximación a un mundo fascinante, ubicado a nuestro pesar delante de nuestras narices, no en lugares remotos y ajenos, no en los anaqueles de la historia, sino en tu día a día, en tu cotidianidad más mañanera.

Pasen y lean, espero que al final del viaje sepan algo más de este mundo falso que nos rodea, que les rodea.

II

LAS LINDES DE LO FALSO, EL TERRENO DE LA FALSIFICACIÓN

*Poco los dioses dan, y aun eso es falso,
mas si lo dan, aun falso, el mismo darlo
es verdadero. Acepto
a ojos cerrados. Basta.*

RICARDO REIS

Antes de adentrarnos en el fascinante mundo de los falsificadores, debemos tratar de definir qué entendemos por falso y por falsificación, es decir, acotar sin engaño el ámbito de nuestro estudio. Porque si vamos a recorrer el mundo de lo falso y lo falsificado, debemos dejar claro su sentido, de una manera genérica aplicable a todos los ámbitos de la vida.

«Falso» es, según la primera acepción recogida tradicionalmente en nuestro DRAE, hoy DLE, «Aquello que es contrario a la verdad por error o malicia». La segunda acepción ofrecida por el diccionario es más neutra, pues afirma que es «Aquello que aparenta ser real o no es lo que parece». En las dos acepciones lo falso se opone a la verdad, o a lo verdadero, también a lo auténtico, a lo original, y así se emparenta con lo apócrifo, pero hay entre ellas un matiz que resulta clave.

Y, por analizar sus orígenes y entrar de paso en el matiz, digamos que «falso» proviene del latín *falsus*, participio del verbo *fallere*, que quiere decir ‘engañar o burlar’. Luego, en su etimología, el concepto está más cerca de la primera acepción del diccionario, aunque solo cuando lo contrario a la verdad lo es por malicia, no por error. Así, según la acepción etimológica, para que algo sea falso, no basta con que tenga apariencia de real y no lo sea, debe mediar un engaño, sin trampa no hay falsedad, sin engaño no existe falsificación. Excluiríamos así el error, al menos cuando hablemos de falsificación, porque la intencionalidad es la clave y en el error no se da, pues el error implica, por oposición, la ausencia de dolo, si queremos ponernos jurídicos y precisar responsabilidades. Cuando media dolo, hay intención y, por tan-

to, voluntad de engaño; si habláramos de un homicidio, ese homicidio sería entonces doloso. Si no, si lo que media es negligencia, si se ha producido un hecho luctuoso, pero yo no pretendía matar a nadie, el homicidio, por seguir con la rima, sería culposo, pero no doloso. Por eso, si un cuadro de un museo es atribuido erróneamente a otro pintor, pero quien lo pinta no quiere en ningún caso engañar, sino venderlo como suyo, y quien lo atribuye erróneamente a otro tampoco lo hace por engañar, sino porque se equivoca en la atribución, entonces, no podemos decir en puridad que ese cuadro es falso. O, por ser más precisos, podemos afirmar sin mentir estar ante un falso Goya, pero también sostener sin equivocarnos que no ha mediado falsificación. Tampoco la hay en el copista que se queda horas con su caballete delante de *Las meninas*, porque él no está produciendo un falso Velázquez, una falsificación de *Las meninas*, solo una copia, que no es lo mismo, y la diferencia estriba en que ahí tampoco hay engaño. Luego el mismo objeto, un cuadro que reproduce *Las meninas*, tiene un nombre distinto según medie o no engaño; si no lo hay, es una copia; si está presente, entonces estamos ante una falsificación.

Por eso en este libro hablaremos de lo falso y de la falsificación en esa misma primera acepción del DRAE y no en la segunda, y solo cuando medie engaño y no error. Por ello tampoco es propiamente falso el *risotto* al que llamamos falso *risotto*, que no contiene arroz, porque ahí, en efecto, no hay arroz, pero tampoco engaño. O, al menos, solo hay un engaño al hacerlo parecer un *risotto*, pues desde el momento en el que tú mismo lo calificas de falso evitas el engaño y, por tanto, la falsificación, ya que me estás avisando de cuanto haces, porque no existe la voluntad de engañar. Ocurre algo parecido entre el mundo de la estafa, que no de la falsificación, y el de los magos y sus trucos con chistera. Quien te hace el timo de la estampita te está estafando, porque te engaña, utiliza un truco para sacarte las perras. El mago, por su parte, también utiliza trucos y ahí hay apariencia de real —por eso se llama ilusionismo, porque pretende ser una cosa que no es—, pero desde el momento en que eso sucede en un escenario,

no hay engaño, aquí el lugar lo cambia todo; si la magia te la hace un cambista en la calle y te da gato por liebre, ahí sí hay engaño, pero si has pagado la entrada para ver a un tipo en cuyo DNI pone «mago» en el apartado relativo a la profesión, entonces eso ya no es estafa, es magia. Ya lo dice el maestro Tamariz: «En la magia no hay engaño, sino ilusión». Pues eso. Y es que, si me compro un bolso en el *top* manta, no hay engaño en el vendedor (aunque sí comercio fraudulento), porque, si no, de qué me va a costar cien veces menos que el original; sí lo hay en esta ocasión en el fabricante, porque le ha puesto una marca a ese bolso que no le corresponde. De nuevo el lugar lo condiciona todo.

Y usando lo falso en esa primera acepción llegamos a «falsificación», definida como «Hacer o fabricar una cosa falsa, que solo aparente ser real». Aquí el diccionario evita hablar de la intención, probablemente por obvia. Pero, aunque no lo explicita, al remitirnos a lo falso, damos por hecho —al menos en cuanto al contenido de este libro— que toda falsificación siempre contiene el engaño como causa, que el engaño es un elemento esencial de toda falsificación.

SINÓNIMOS Y ANTÓNIMOS

Lo falso tiene la riqueza de presentar como antónimos varios adjetivos, a veces empleados indistintamente, pero otras, no. Por un lado, se opone a lo verdadero, como cuando en un test, en ese que nunca aprobamos, nos ponen la frase *El Danubio es un río africano* y después tenemos dos opciones para contestar: verdadero —y entonces demostramos nuestra enciclopédica ignorancia en un solo trazo (por eso nos han suspendido)— o falso. Aquí falso sería el equivalente a mentira y la oposición verdad-mentira se sustituye entonces por la oposición verdadero-falso. Pero también puede oponerse lo falso a lo auténtico, o a lo original. Aquí no es tanto una afirmación —como en el caso del Danubio—, una frase, o una historia, sino un objeto. El objeto que es objeto de falsificación, puede ser auténtico u original o falso y falsifica-

do. Y utilizamos original como contraposición a copia: lo uno es lo original, lo fetén; lo otro es una copia, lo chungo y, como hemos visto, es una falsificación si media engaño, si no, no.

Y para que veamos cómo la cosa viene de lejos, ya Aristóteles se ocupa del asunto y al definir lo falso se refiere específicamente a los objetos, esto es, a las cosas. Lo hace en el libro V de la *Metafísica*, donde se refiere a la falsedad de las cosas y donde afirma que son falsas o bien porque no son realmente lo que parecen ser, o bien porque es imposible que lo sean. Es decir, son falsas las cosas que no existen en verdad y también las cosas que sí existen, pero que se nos presentan de tal forma que nos confunden, como la sombra o los ensueños.

En cambio, al hablar de objetos, solemos aplicar el adjetivo auténtico, como aplicamos verdadero a los asertos o a las afirmaciones. Aunque a veces podemos también decir de los objetos que son de verdad o de mentira. Me explico: si decimos de una pistola que es de mentira, es porque la pistola no dispara, en ese caso no afirmamos que es falsa, porque no es una falsificación de una Luger que te venden unos tramposos como si fuera una Luger; es una pistola de plástico. Eso sí, por si acaso no la saques insensato del bolsillo, no vaya a ser que alguien se confunda y te dispare a ti, no con una de agua, sino con una semiautomática, que no te moja, más bien te mata. Sin embargo, si decimos que ese Rolex que luce tu cuñado es falso y no de mentira, es porque está falsificado; ese Rolex, a diferencia de la pistola de plástico, sí da la hora, vaya si la da, y por mucho menos dinero que el original, la misma hora. Es decir, la calidad del producto es otra, pero cuando marca puntual las doce en punto, esa hora es de igual calidad que la publicitada con campana por el reloj de tu iglesia, o con timbre imposible por el despertador que percute impertinente en tu cabeza cada mañana, o con los incomprensibles cuartos por el de la Puerta del Sol —pobrecito, solo nos acordamos de él en Nochevieja—.

Pero convengamos que lo normal es que la mentira se refiera a afirmaciones y la falsedad se aplique a los objetos, y si bien es uso común el que falso se aplique también a las afirmaciones, reservamos normalmente la voz «mentira» para estas últimas, ahí

el ámbito está más reducido. De hecho, aquí aparecerán multitud de falsificadores que en su mayor parte falsifican objetos (cuadros, bolsos, monedas), tramposos presentando como verdaderos objetos que no lo son. La excepción son los impostores, quienes, ya puestos, falsifican toda una personalidad, y los falsificadores de la historia que sí utilizan arteros la mentira. Y para la existencia de la mentira se deben dar las mismas condiciones apuntadas en nuestra definición de falsificación. Nos lo cuenta Maria Bettegini, en su fantástica *Breve historia de la mentira. De Ulises a Pinocho*, al citar a san Agustín, quien verdaderamente estaba obsesionado con el tema, pues escribió varios libros al respecto. En uno de ellos, *De mendacio*, además de clasificar las mentiras en función de su gravedad, llega a una definición muy similar a la nuestra. Porque para san Agustín el que miente es el que piensa una cosa y afirma la contraria y, por tanto, depende absolutamente de la intención; para que exista la mentira, tiene que haber intención de mentir, intención de decir lo que no se piensa. Y ese, no lo olvidemos, es el elemento esencial para configurar la falsificación, y lo es también para que se dé la mentira.

Sobre la mentira y la verdad se han explayado los filósofos a lo largo de la historia, entre otros Kant, quien también incide en el punto que nos interesa, y es el de la intencionalidad. Lo hace en su polémica con Benjamin Constant, donde Kant, además de apuntarse a nuestra tesis de la imprescindible intencionalidad, introduce otro elemento no mencionado hasta ahora y es el del resultado, la necesidad de que existan o no terceros perjudicados, para que haya mentira. Para él la mentira existe independientemente de que haya terceros perjudicados, porque siempre termina perjudicando a alguien, aunque ese alguien no sea una persona determinada, sino la mismísima humanidad. Y su afirmación sobre la mentira puede aplicarse también a la falsificación. En efecto, una mentira es una mentira, ya sea perjudicial o no, ya sea esa mentira piadosa o inocente, ya no perjudique a nadie en concreto o implique tremenda la muerte de millones de personas. Y ya la diga, por cierto, Kant o tu vecina, Agamenón o su porquero. Al cabo, mentira es, si se falta a la verdad y se hace,

lo repetimos de nuevo, de forma intencional. Otra cosa es que algunas no tengan consecuencias graves y otras tengan consecuencias terribles, pero eso incide solo en la adjetivación, atañe a la importancia conferida a esas mentiras, pero no a su condición. Porque —piadosa o cruel, blanca o negrísima— mentira es.

Del mismo modo, una falsificación es una falsificación siempre y cuando exista esa intencionalidad, e independientemente de su resultado. En algunos casos —porque siempre hay alguien perjudicado, o algo perjudicado— puede ser, como sugiere Kant, la humanidad en general o la verdad misma, si ya nos ponemos estupendos. Y no es un tema baladí porque, al hablar de la falsificación del arte, veremos cómo en ciertas ocasiones pareciera no haber nadie perjudicado, más bien al revés, todos parecen salir ganando cuando una falsificación se mete en el mercado y cuelea, y todos parecen salir perdiendo cuando se descubre su carácter de falsificación. Pero es falsificación en cualquier caso; es falsificador quien pinta a la manera de, o fusila un cuadro de alguien y lo hace pasar por el autor original, de la misma manera que es impostor quien miente sobre su identidad, la falsifica, y se hace pasar por otro, tenga o no terceros perjudicados. Porque igual de impostor es quien se hace pasar por un cliente del hotel y le desvalija el cuarto, que quien afirma ser un artista famoso ante un tipo en un bar ya muy entrada la noche. En el primer caso, hay un daño económico grave; en el segundo, no, ni siquiera el engañado es esta vez perjudicado, el tipo del bar iba muy borracho (es decir, estaba ya previamente perjudicado) y le ha divertido mucho su historia, se lo ha pasado en grande, habría pagado por escucharle. Pero los dos son impostores.

Respecto a la autenticidad, lo auténtico es sin duda otro antónimo de lo falso, y, en este caso, sabemos cómo determinar la diferencia. Nathalie Heinich, en su estupendo artículo «La falsificación como reveladora de autenticidad», nos señala tres categorías de pruebas de autenticidad, para saber si algo es auténtico o no, tres maneras de distinguirlo de lo falso. Una primera sería la rastreabilidad o trazabilidad, es decir, la posibilidad de buscar en el pasado de ese objeto hasta su origen, para comprobar la existencia

de un vínculo entre ambos. Así, decimos que ese queso es un cabrales auténtico porque está elaborado allí, tiene denominación de origen, y será falso si le ponen ese nombre, pero lo han elaborado en Murcia. Y, de este queso concreto que tengo en mi mesa, puedo llegar a averiguar si viene de un sitio o de otro, puedo trazar una línea entre el productor y el producto. La segunda prueba se refiere a la sustancia de ese objeto, a los materiales de los que está hecho; si ese sofá, comprado en las rebajas como de cuero, es auténtico, olerá a piel, podrás echarle crema hidratante y la absorberá como tu piel reseca, pero, si es de escay y brilla como tu calva infame, entonces es más falso que Judas, que la sonrisa de quien te recibe en una tienda un lunes muy de mañana. Y no vayas a echarle crema, porque es tan refractario a ella como al buen gusto.

A esas dos, Heinich añade, solo para el ámbito artístico, una tercera prueba, la prueba de estilo. Y así, nos dice que para una obra de arte, además de establecer la conexión, el hilo, entre el pintor del cuadro y el actual propietario (la prueba de rastreabilidad), además de analizar los pigmentos del cuadro para saber si son los de la época y no comprados ayer en El Corte Inglés (la prueba de sustancia), debe analizarse el tipo de pincelada, el dibujo, el color; en definitiva, la técnica que utiliza el pintor y que le es propia (la prueba de estilo). De hecho, hay muchos especialistas que viven de eso, de conocer esas técnicas y atribuir así un cuadro a un pintor u otro.

Pero esto ya lo veremos cuando lleguemos a abordar ese asunto, el proceloso mundo de los falsificadores de arte. Entonces comprobaremos también cómo el concepto de originalidad y el de autoría no significan lo mismo a lo largo del tiempo. Quede establecido, eso sí, de forma general, lo siguiente: lo falso es cuanto se opone a lo auténtico, a lo original o a lo verdadero.

LA FALSIFICACIÓN COMO SÍNTOMA

Y además de contener necesariamente un engaño, las falsificaciones contienen también algo positivo, porque terminan contándo-

nos algo, procurándonos valiosos elementos para estudiar una sociedad concreta. Porque si analizamos el conjunto de cuanto se falsifica, ahí tenemos una información de primera mano para saber cómo es la sociedad donde estamos, por dónde cojea, qué es relevante y qué no, cuáles son sus valores. Nos lo explica, y muy bien, Nathalie Heinich en ese mismo artículo ya citado. Ahí, la socióloga francesa especializada en temas de arte analiza la falsificación, no desde el punto de vista jurídico, o económico, o psicológico, sino sociológico y viene a decirnos que las falsificaciones son una muestra impagable para determinar los valores de una sociedad, porque nos transmiten, por oposición, qué es cuanto esa sociedad valora, puesto que nadie falsificaría algo no valorado, solo se falsifica lo muy valorado. Y entonces las falsificaciones —que son algo terrible para los coleccionistas, para los museos y para los marchantes— resultan, sin embargo, una mina para los sociólogos o los antropólogos, un material precioso para poder determinar cuáles son los valores en un grupo humano en un tiempo determinado.

Y no le falta razón; si queremos ver qué es considerado por la sociedad como valioso en una época concreta, basta con ver lo que se falsifica. Si se falsifica un Picasso es porque Picasso es un pintor valorado, y podemos deducir sagaces que ese pintor es considerado lo mejor por la sociedad, y, por extensión, que ese tipo de pintura también lo es. Y si se falsifica un bolso de Prada, volvemos a deducir, siempre sagaces, que los bolsos de Prada son valorados y, por extensión, que el lujo, las marcas son también ponderados por la sociedad como elementos relevantes. Podemos incluso ir más lejos y establecer una teoría sobre la importancia de las marcas en la sociedad como elemento identitario, como modo de identificarte y de que te identifiquen. Y así, uno a uno, podemos operar con todas las falsificaciones y falsificadores que aparecen en este libro; si un tipo se hace pasar por Rockefeller, es porque el apellido Rockefeller es sinónimo de dinero y, por tanto, esa falsificación —en su caso, impostura— está demostrando cómo el valor principal de una sociedad es el dinero, cómo todos quieren estar cerca de un Rockefeller porque huele a dinero, porque *es* dinero.

Luego convengamos que, en efecto, Heinich tiene razón, y, por tanto, este recorrido que emprendemos por falsificaciones y falsificadores es, a la vez, un buen retrato de una sociedad, una definición perfecta de los valores que esa sociedad atesora, pondera. O, poniéndonos ya muy estupendos, que esto que leen es, por extensión, no un estudio de lo falso, sino un ensayo sobre los valores de nuestra sociedad, un detallado mapa de los mismos.

Hay, ya lo veremos, excepciones a esta regla que hemos enunciado —la que afirma que se falsifica lo valioso—, tipos que falsifican billetes de un dólar y no de cien, otros igualmente singulares que falsifican cuadros de autores mediocres, pero lo normal es falsificar los de cien, lo normal es falsificar el Picasso y no al pintor desconocido, el Rolex y no un reloj sin valor de mercado, porque el que falsifica lo hace para obtener un provecho, y ese provecho es casi siempre económico. Son, en efecto, excepciones, que sin duda confirman la regla. Este último dato —la obtención de un beneficio—, nos ofrece un elemento más para nuestra definición de falsificación, no importa si perjudica o no a alguien, pero casi siempre, si no siempre, se hace para beneficio propio, para conseguir un beneficio para el falsificador. A veces, ya lo veremos, el mecanismo es más complejo y la falsificación requiere de varios actores, y el aparente falsificador, el autor de la copia, puede ser solo el eslabón de una cadena, siendo el verdadero falsificador quien hace pasar esa copia por buena. Pero, en todo caso, en la inmensa mayoría de las ocasiones, se hará para obtener un beneficio, para lucrarse de ello, para sacar tajada.

Resumamos, pues, los elementos clave de toda falsificación, aparecidos hasta ahora en el análisis del concepto y sus matizables lindes, elementos que van a estar presentes en las muy variadas falsificaciones que más tarde desfilarán lozanas aquí, como en una cabalgata de Reyes, subidas a las carrozas decoradas y arrojándonos con saña caramelos de saldo. Uno, estamos ante algo que ha sido creado para parecer lo que no es, mediando engaño, pues voy o van a venderlo como si fuera bueno. Dos, suele haber perjudicados, o el comprador del producto o el autor

de la obra original, pero ese no es un elemento imprescindible. Tres, se hace casi siempre para obtener un beneficio, de nuevo casi siempre económico. Y cuatro, lo falsificado será lo más valorado por una sociedad, la falsificación será un síntoma, cuando no la confirmación de esa valoración. Hasta aquí los elementos, ya verás cómo todos ellos se dan en los ámbitos más variados, cómo el modelo se repite con precisión relojera.